

# Äkräs



Mila J. Saarinen

*Äkräs es el primer volumen de cuentos de la novel escritora Mila J. Saarinen. Un paseo singular por los rincones inexplorados de estas cordiales letras.*

Esta es una publicación independiente de Tierra Libre Ediciones.

**Tierra Libre Ediciones**

*En memoria de Jorge Luis Borges, quien me ha enseñado tanto a través de su pluma.*

*Para Gabriel García Márquez, otro de mis grandes maestros literarios.*

*Y para los que han apoyado mi amor por las palabras que forman ficciones.*

La enfermedad.

Había una mesa alargada, metálica, blanca. Tras ella, dos hombres y una mujer, ataviados con sendos trajes grises, observaban sentados a la larga fila que se extendía frente a ellos, al otro lado de la mesa, y que a su vez goteaba desde una inmensa multitud que parecía provenir, por su cantidad y variedad, sin exagerar, del Universo entero. Estaban en el salón que la Federación se había dignado a designarles, un gigantesco globo de un material especial que protegía y se protegía de las inclemencias del planeta exterior. Y de la luna, dicho fuera de paso, pues también su satélite natural influía considerablemente, y en más de un sentido, en lo que sucedía en la superficie del astro.

Cuando la mujer acabó de trazar unos finos y plateados jeroglíficos en la libreta que había frente a sus ojos, tanto ella como los hombres que la acompañaban miraron hacia la fila, y la voz cansina de alguno de ellos dijo:

-El siguiente.

Un individuo enteramente calvo, de tez verde, ojos azules y aspecto sumamente envejecido dio unos pasos hacia la mesa.

-¿Nombre? -preguntó uno de los dos hombres, mientras la mujer se disponía a anotar.

-Gelon Darchan, señor -respondió el individuo con calma.

-¿Región? Mencione domicilio completo.

-Edificio Sud de la Colonia Once, Región Palthania 5, habitación 8-B.

-Por lo que vemos pertenece a la raza corintia. Tendrá que responder algunas preguntas para confirmarlo. Contéstenos: ¿cómo surgió su raza?

-Mi raza es resultado de un experimento fallido de la raza humana, que hace tres mil años intentó combinar genéticamente dos especies de su planeta madre para crear individuos capaces de sobrevivir bajo el agua. Por desgracia, lo obtenido se asemejó más a los humanos que a lo que ellos llaman "peces", de modo que decidieron abandonarnos parcialmente para que iniciáramos nuestra propia civilización en un planeta apartado.

-¿Cuál es la tasa de natalidad y la tasa de mortalidad de su raza?

-No las conozco con exactitud pero desde nuestros orígenes se han mantenido en equilibrio por la escasez de recursos planetarios para la supervivencia de más de cinco mil individuos.

-¿Alguna vez mató a alguien de su raza o de una raza ajena a la suya?

-Es ley universal corintia que sólo está permitido quitarle la vida a un solo ser humano durante la existencia individual. Aún no lo hice.

-¿De qué color es su sangre, y cuál es el elemento vital de su raza?

-Mi sangre es celeste traslúcida, y el elemento vital de mi raza es el agua helada.

-¿Un gusto destacado de su raza?

-Nadar.

-Perfecto. Acérquese.

El individuo se aproximó a la mesa, extendió la mano sobre ella y dejó que el interrogador le colocara un sello hirviente, que al empezar a cicatrizar mostró unos jeroglíficos que a ellos les significaba "Limpio". Cuando el corintio se retiró, la mujer llamó la atención de sus pares, y los tres observaron un pequeño tumulto surgido en la fila. Sin comentar nada al respecto, esperaron que volviera a la normalidad, y luego llamaron al próximo sujeto. Una muchacha hermosa, de larguísimas trenzas transparentes, tez nívea y ojos cristalinos se adelantó, y miró fijamente, uno por uno, a sus jueces.

-¿Nombre? -preguntó el segundo hombre.

-A-50 -respondió la joven con los ojos muy abiertos que caracterizaban a su raza.

-¿Región? Mencione domicilio completo.

-Prisma 14, Globo 53, Ciudad Azul, planeta Lusari, Región Ermetan.

-Por lo que vemos pertenece a la raza serotonia. Tendrá que responder algunas preguntas para confirmarlo. Contéstenos: ¿cómo surgió su raza?

-Mi raza ha nacido cuando la diosa Lus deseó compañía para su vida de cincuenta y nueve millones de años, y de la nieve de las montañas y las aguas del mar formó a los tres primeros serotonios, hace ya mil cincuenta y dos años y treinta y cuatro meses y un tercio.

-¿Cuál es la tasa de natalidad y la tasa de mortalidad de su raza?

-Cada año mueren cuarenta y siete serotonios y nacen veintidós, salvo muy raras excepciones.

-¿Alguna vez mató a alguien de su raza o de una raza ajena a la suya?

-Sí, ayer maté a un ser humano y a su "perro", si es que así se llaman.

-¿De qué color es su sangre, y cuál es el elemento vital de su raza?

-Mi sangre es blanca, y el elemento vital de mi raza es el mineral serotonio redoso.

-¿Un gusto destacado de su raza?

-Leer poesía sakata.

-Perfecto. Acérquese.

La muchacha se aproximó a la mesa, el interrogador selló su mano y ella se alejó. Aún no habían llamado al siguiente cuando el siguiente avanzó, y se colocó de brazos cruzados, con talante impaciente, frente a los dos hombres y la mujer. Ellos se tomaron su tiempo antes que la mujer preguntara, sin inmutarse por la visible contrariedad del interrogado:

-¿Nombre?

-Capitán Mayor Rafael Lozada –contestó el individuo. Era un hombre joven, de cabello rojizo, ojos marrones y desafiantes y tez blanca y pecosa.

-¿Región? Mencione domicilio completo.

-Mayormente vivo en la nave que comando, pero cuando estoy en la superficie me refugio en la base o en algún hotel barato, principalmente en la Tierra. O en uno como el que está aquí, a un par de calles. –Los dos hombres y la mujer se miraron, y después se volvieron nuevamente hacia el interrogado. –¿Qué? –se quejó él.

-Por lo que vemos pertenece a la raza... humana –dijo la mujer, y se estremeció como si hubiese dicho una grosería. Un silencio de muerte, pesado y agobiante, cayó sobre el salón, y miles de ojos se posaron expectantes sobre aquellos metros cuadrados que ocupaban Rafael, la mesa, la mujer y los dos hombres. –Tendrá que responder algunas preguntas para confirmarlo.

-Llamaré a los encargados –dijo el hombre que había interrogado en primer lugar, y apoyó las dos manos en la mesa, la cual, en el espacio frente a él, se convirtió en una pantalla táctil.

-Contéstenos –prosiguió la mujer con nerviosismo, mirando de reojo los movimientos de su compañero-: ¿cómo surgió su raza?

-No sabría decirle –respondió Rafael, rascándose la cabeza, dubitativo-. Hay más versiones que pruebas concretas.

-¿Cuál es la tasa de natalidad y la tasa de mortalidad de su raza?

-¿Tiene caso seguir preguntando? –intervino el segundo hombre-. Ya sabemos que está infectado.

-¡Oiga, amigo, estoy aquí! –exclamó Rafael-. ¿Cómo que infectado? No tengo ninguna enfermedad. Si la tuviera no estaría en las Fuerzas Armadas Espaciales de la Federación, ¿no lo creen?

-Estamos llevando a cabo un rastreo en esa institución también –declaró el segundo hombre.

-Capitán Mayor Rafael Lozada, ¿cuál es la tasa de natalidad y la tasa de mortalidad de su raza? –insistió la mujer.

-No sé ni siquiera las de mi propio país, ¿cómo voy a saber las de trillones de humanos desperdigados por el Universo?

-En verdad son una plaga –murmuró el primer hombre por lo bajo.

-Tranquilo, amigo, no exageremos –repuso Rafael ofendido.

-¿Alguna vez mató a alguien de su raza o de una raza ajena a la suya?

-Pero sí, soy un soldado, hemos tenido guerras, y las armas de una nave no matan a una sola persona cada vez que salen a combatir. Miles de asesinatos, seguramente.

-Es un soldado, y además, por si fuera poco, es humano -murmuró el primer hombre, y terminó de maniobrar con la pantalla táctil, que volvió a ser enteramente una mesa-. Vienen en camino. Acaba con el interrogatorio -le dijo a la mujer-, y prepárense para la extracción del infectado.

-Un momento, ¿qué pasa aquí? -quiso saber Rafael, desconcertado-. ¡Ya les dije que no estoy enfermo, ni infectado, ni nada por el estilo! ¡Estoy más sano que nadie! ¡Soy un capitán mayor de la Federación!

-¿De qué color es su sangre, y cuál es el elemento vital de su raza? -inquirió la mujer, ya indiferente.

-Mi sangre es roja, necesitamos de todo pero más que nada oxígeno, y a mi raza le gusta mucho ser libre, hacer lo que quiera cuando quiera y como quiera, y llegar en algún momento a ser felices para siempre. Personalmente me encantan las fiestas de todo tipo y la carne asada. Mucha gente de mi raza prefiere lo mismo y se encuentran tan sanos como yo. ¿Cuál es su supuesta infección, eh? ¿Epidemia de demencia?

-Algo semejante en grado extremo -contestó el primer hombre-. Se llama humanidad, y dado que usted ha demostrado claramente que es un ser humano, se considera oficialmente que está usted padeciendo de la peor enfermedad que ha azotado al Universo, y siendo usted un sujeto en edad y condiciones generales de procrear, será clasificado como infectado de nivel uno y posible fuente de infección de nivel uno, aislado de todo tipo de contacto personal y aniquilado según lo disponga en tiempo y forma el Juez Supremo de la Región Solaria en la que nos hallamos efectuando nuestra labor. Acérquese. -El hombre levantó un sello hirviente con unos jeroglíficos muy distintos a los que representaban la palabra "Limpio", y miró a Rafael a los ojos. Él comenzó a negar repetidamente con la cabeza.

-No... no... no puede ser... -Se quedó temblando, mirando a los dos hombres y a la mujer, y no dijo nada por unos segundos, hasta que, súbitamente, se calmó, sonrió y dijo: -Pero no soy humano. Yo no soy humano. No nací en la Tierra, en principio. Mi padre era humano, pero mi madre... aún pueden verla, es de la Colonia Setenta y aún vive allí. Es de la raza kerente, ellos son físicamente muy parecidos a los humanos, pero, pero, ¡soy kerente! ¡Soy mucho más kerente que humano! Pregúntenme lo que sea sobre ellos... sobre nosotros, y se los diré claramente, a la perfección.

En ese momento se acercaron a él dos individuos, cubiertos de pies a cabeza con trajes fornidos y blancos. Rafael los miró, y luego continuó hablando, atolondradamente, mientras aquellos sujetos sin rostro, sin alma, sin pensamiento, meras ideas con significados extraños y distantes, daban sendos pasos silenciosos, pausados y tétricos hacia él. Cuando estuvieron a dos centímetros de la mesa, se detuvieron; Rafael dejó de hablar, expectante y atemorizado al mismo tiempo, y el interrogador aprovechó la oportunidad del descuido para imponerle el sello. Rafael gritó al recibir el sutil ardor, y retiró la mano enseguida, sosteniéndola luego con la otra; los sujetos de traje lo tomaron por los hombros, y comenzaron a arrastrarlo con tal fuerza y dramatismo, llevándolo a su destino, que él no pudo impedirlo, y en vano siguió gritando:

-¡No! ¡No! ¡No soy un humano! ¡Por favor! ¡Mi madre es kerente! ¡Yo soy kerente! ¡Los demás han mentido! ¡Son humanos! ¡Yo soy kerente! ¡Yo soy...!

-Humanos -dijo el primer hombre, negando al unísono con el segundo hombre y la mujer con aire de desaprobación. Después miraron hacia la fila, con una indiferencia renovada que quería decir que nada había pasado, y el primer hombre llamó:

-El siguiente.



El diálogo del muerto.

Anna apagó la luz del cuarto de baño, ajustó la cinta de su bata de baño y pasó una mano, casi inconscientemente, por el turbante de toalla que rodeaba su cabeza. Se quedó de pie en el umbral de la puerta, mirando a través de la penumbra el cuerpo largo y calmo de su esposo. Él dormía, o simulaba hacerlo, de cara a la ventana fantasmal transfigurada detrás de la cortina névea. La noche clara se colaba por aquella única abertura, iluminando con un resplandor suave el ámbito nocturno. Anna hundió su mirada de ébano en las sábanas, cuyo tono no acababa de decidirse entre la luz y la oscuridad, y prefería entonces una delicada graduación azulada. Anna dio unos pasos hacia la cama, aunque aún no planeaba acostarse. De haber estado abierta, la ventana habría dejado que una brisa gélida de primavera recién nacida la atravesara; no era así, pero igualmente la temperatura de la habitación no era precisamente cálida, y arroparse con numerosas sábanas habría sido más adecuado que permanecer de pie, descalza sobre las baldosas frías y desnuda bajo la bata húmeda. Sin embargo, Frank estaba dormido, o simulaba estarlo, y no se encargaría de señalarle lo que era mejor para ella, como era habitual en él. De manera que Anna dio un lento paseo si rumbo por el dormitorio calmo y silencioso, hasta que en cierto momento decidió que quería conocer el estatus de Frank, y entonces lo llamó en voz baja por su nombre.

-Frank -dijo. Él no respondió. -Frankie, cariño. -Nadie contestó-. Voy a acostarme.

En ese momento creyó oír un murmullo, o un ronquido, y tomándolo por respuesta, Anna se dirigió satisfecha a la cama. Se sentó despacio; si Frank estaba despierto o n, no demostró ninguna de las dos cosas; de hecho, ni siquiera se inmutó. Anna se quitó la bata y el turbante, se colocó un perlado camisón de seda que había dejado prolijamente doblado en un pequeño taburete junto a la cama, y se recostó en su lugar, mirando de reojo la espalda levemente encorvada por el sueño de Frank. Echó un rápido vistazo al taburete. No había sido ella quien había dejado el camisón. Por supuesto, su atento y cariñoso cónyuge se había ocupado de hacerlo. Anna suspiró. Sus ojos se posaron en el sombrío cielo raso, luego otra vez en la espalda de Frank, y por último, sin mirar nada en particular, en la pared que había frente a la cama.

-Mañana es lunes -dijo-. A trabajar nuevamente... El martes es el cumpleaños de Jacqueline Powell. Esa chica de mi oficina, ¿recuerdas? -Frank no respondió-. Deberías. La mirabas constantemente cuando fuiste a visitarme. Bah, a llevarme aquellos documentos bancarios para que los firmara lo antes posible. Era tan urgente que te detuviste para hablar con Jackie cada vez que pudiste. ¿Recuerdas

la cara que pusiste cuando te dije “Lo siento, pero esa ramera ya tiene clientela”? Fue tan divertido, y tan espontáneo... ¿Recuerdas la bofetada que me diste en cuanto pisamos esta casa, el vestíbulo, de regreso, aquella tarde? Deberías. “Dile al médico que tropezaste en la escalera”. Qué gracia. Lo peor fue que el médico, mientras me cosía el rostro, me preguntó el motivo de la herida, y creyó la ridícula explicación que me ordenaste mentirle. Frank, ¿me oyes? ¿Frankie, amor mío?

Él no contestó. Anna pensó que debía estar durmiendo, pero no importaba. Verdaderamente, lo mismo daba, si había estado dormido desde su boda, excepto en aquellas escasas ocasiones en que despertaba para ponerse la máscara de buen esposo y simular que llevaban una vida matrimonial ideal. De manera que continuó hablando, aprovechando también la oportunidad de desahogarse sin que su querido Frankie se enterase.

-Eres el amor de mi vida -dijo, sin mirarlo-. Lo sabes, ¿verdad? Espero que sí. Un día hablé con mi tía Judy acerca de eso. Del asunto del amor. De cómo con toda la sutileza del mundo llega, te engaña, te transforma, te comienza a asfixiar y finalmente hace que te cases con la persona más absurda y detestable del mundo. Y luego es con esa persona con la que tienes que intimar para dar a luz unos hijos hermosos y bien educados que necesitarán taparse los ojos con una gruesa venda para no ver que la relación entre sus padres es un fracaso desde que ambos respiraron el mismo aire. Le dije todo esto a mi tía Judy. Ella estuvo de acuerdo. Me sonrió con sus labios rotos, con su rostro pálido, con sus ojos amoratados. Un momento, ¿sabes quién es Judy, no es cierto? Sí, exacto. Aquella que murió sin que nadie supiera muy bien cómo. Pues yo lo sé perfectamente. Estaba harta de su esposo, que es igual a ti. Un egoísta, un obsesivo, un enfermo mental con libertad incondicional. Tan atractivo... Sí, sí, como tú. Entonces ella encontró aquel balcón en su casa. Siempre había estado ahí, siempre lo había visto, pero nunca había pensado... Sólo el día en que murió lo vio realmente, y entendió. Aún no pienso hallar mi balcón. Prefiero esperar, como una completa ilusa, que las cosas cambien. Oye -Anna lo miró súbitamente, estremecida-. ¿Tienes frío? ¿No? Yo sí. Un poco. - Se arropó con las sábanas-. Éstas... un regalo de bodas, ¿recuerdas? De Magda Moss, tu jefa. Aquel beso que estampó en tu mejilla en la fiesta del casamiento... Qué bonita mujer. Cómo te miraba. Y tú, tú parecías enamorado de ella antes que de tu reluciente esposa. Si los demás lo advirtieron nadie lo demostró. Yo fui una actriz infalible. Nadie interpretó mis sonrisas ingenuas como una falsificación del sufrimiento. Nadie supo nada, y nadie sabe nada ahora. Y si lo saben, lo disimulan muy bien. De todas maneras, no viven de mis pensamientos. Tienen sus propias cotidianidades, buenas o malas, y deben afrontarlas antes de ocupar sus energías en preocuparse por mi desgracia. No los culpo. Yo también sería egoísta y

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

